

TEATRO: EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

NARRADOR: Hace muchos años había un emperador al que le gustaban tanto los trajes nuevos y elegantes, que gastaba todo su dinero en ropa. No le interesaban sus soldados, no le interesaba el teatro ni ir al bosque: solo, tener trajes nuevos. Tenía una levita para cada hora del día; y si de los reyes se suele decir que están en consejo, de él siempre se decía: “El emperador está en el probador”.

El emperador llama al criado gritando...

EMPERADOR: ¡Criado!, ¡Criado!

CRIADO: ¡Sí!, ¡señor!

EMPERADOR: ¡Qué me preparen mi levita de las ocho!

CRIADO: ¡Enseguida!, ¡Señor!

EMPERADOR: ¡Procurad que esté bien planchada!, tengo una recepción con el embajador y debe estar preparada para esa hora.

CRIADO: ¡Bien!, ¡Señor!

El criado se marcha de la estancia dejando al emperador solo que se debate en sus pensamientos.

NARRADOR: La gran ciudad donde vivía era un lugar muy alegre; todos los días llegaban muchos forasteros, y un día llegaron dos embaucadores.

Se presentaron como tejedores y dijeron que sabían tejer las telas más preciosas que uno pudiera imaginarse. No solo los colores y los dibujos eran hermosos, sino que cortaban trajes con una tela que tenía la propiedad de ser invisible para cualquier persona que no mereciera su cargo o que fuera absolutamente tonta.

“Sería un traje estupendo –pensó el emperador-. Poniéndomelo podría averiguar que hombres de mi reino no merecen los cargos que ocupan. Podría distinguir a tonos y listos. ¡Tienen que tejer inmediatamente esa tela para mí!”.

EMPERADOR: ¡Verdaderamente, sería un traje estupendo! ¡Además podría saber quién de mis funcionarios es tonto! ¡Criado! ¡Criado!

CRIADO: ¡Sí!, ¡Señor!

EMPERADOR: Tienen que tejer un traje para mi. Ves inmediatamente con este dinero y que confeccionen uno de esos trajes.

CRIADO: ¡Bien!, ¡Señor!

NARRADOR: Y entregó muchísimo dinero a los dos embaucadores para que comenzaran el trabajo.

Así que instalaron un telar y fingieron que trabajaban, aunque en el telar no había nada. Al poco pidieron la tela más fina y el oro más precioso. Se lo metieron en las bolsas y trabajaron en el telar vacío hasta bien entrada la noche.

El emperador solo se debate de nuevo en sus pensamientos.

EMPERADOR: Me gustaría saber cuanto han progresado con la tela. ¡Un momento! ¡Y si soy tonto! ¡O no valgo para el cargo de emperador! Entonces no lo vería. ¡No!, ¡No!, ¡que va!, Estoy seguro de que lo veré. Será magnifico.

¡Ya se lo que haré!

Voy a mandar a mi ministro.

Él es muy listo y anciano, nadie está tan preparado como él.

Seguro que él podrá verlo.

¡Criado!, ¡Criado!

¡Ven!, ¡ven aquí!

CRIADO: ¡Dígame, señor!

EMPERADOR: Llamad a mi anciano y primer ministro. ¡Qué venga de inmediato!

CRIADO: ¡Enseguida, señor!

*El criado sale de la estancia.
El emperador espera pacientemente.
El criado vuelve enseguida.*

CRIADO: Aquí está el señor Ministro, ¡Señor!

El Criado sale de la estancia dejando solos al ministro y al emperador

EMPERADOR: Vos sois mi mejor ministro desde hace años.

Yo os tengo en mi más apreciada consideración.

Os necesito para una función concreta.

MINISTRO: ¡Vos diréis señor!

EMPERADOR: Quiero que vayáis, a ver cómo va mi nuevo traje, tengo curiosidad por saber cuando estará terminado.

MINISTRO: ¡Enseguida, señor!, Iré y os informaré de cómo va el trabajo.

NARRADOR: Así que allá fue el anciano y bondadoso ministro a la sal donde estaban trabajando en el telar vacío.
“¡Válgame Dios! –pensó el anciano ministro abriendo los ojos como platos– ¡Pero si no veo nada!”

Pero no lo dijo.

EMBAUCADOR 1: ¡Acérquese! ¡Acérquese!

EMBAUCADOR 2: ¿No es un dibujo precioso?

EMBAUCADOR 1: ¿No es una tela con unos colores hermosísimos?

Y señalaron el telar vacío, abriendo mucho las bocas.

NARRADOR: Y el pobre del viejo ministro siguió abriendo los ojos como platos sin poder ver nada, pues nada había.

“¡Dios mío! –pensó-. ¿Seré tonto?

Nunca se me había ocurrido y nadie debe saberlo. ¿Será que no estoy a la altura de mi cargo? No, no puedo decirle a nadie que no he visto la tela”.

EMBAUCADOR 1: ¡Bueno, decid algo!

MINISTRO: ¡Ohhhh!, ¡Sííííí!, ¡ Sííííí!, ¡Ehhhhhh!, ¡Ehhh! ¡Es maravillosa!, ¡Es preciosa!, ¡Quuéeee, dibujos!, ¡Qué colores!, ¡Si!, ¡Si!, Leeee diré al emperador que me gusta muchísimo.

EMBAUCADOR 2: ¡Muy Bien!, ¡Nos alegramos que os guste!

NARRADOR: Y nombraron los colores y explicaron el extraordinario dibujo. El anciano ministro prestó mucha atención para poder decir lo mismo cuando fuera a ver al emperador, y así lo hizo.

Los embaucadores pidieron más dinero, más seda y oro, diciendo que lo necesitaban para la tela. Se lo guardaron en la bolsa, al telar no llegó ni una hebra, y continuaron, como hasta entonces, tejiendo en el telar vacío.

EMPERADOR: ¡Criado!, ¡Criado!

CRIADO: ¡Si!, ¡señor!

EMPERADOR: Llamad a mi buen y fiel funcionario, que venga de inmediato.

CRIADO: ¡Si!, ¡señor!

*El criado sale de la estancia.
El emperador espera pacientemente.*

El criado vuelve enseguida acompañado del funcionario.

CRIADO: Aquí está el señor funcionario, ¡Señor!

FUNCIONARIO: ¡Señor!, ¡Me habéis mandado llamar....!

El Criado sale de la estancia dejando solos al funcionario y al emperador

EMPERADOR: Habéis sido un buen funcionario desde que aquí estáis. Me fío de vos y he de mandaros un trabajo especial.

Quiero que vayáis al telar y que me informéis del trabajo realizado en relación con mi nuevo traje.

NARRADOR: El emperador envió otro buen funcionario a ver como iba el tejido y a preguntar si la tela estaría lista pronto. Pasó igual que con el ministro, miró y miró, pero, como no había nada más que el telar vacío, no pudo ver nada.

EMBAUCADOR 1: ¿No es una tela preciosa?

Señalando una tela inexistente.

*Los dos embaucadores miran al funcionario cómo preguntándole
El funcionario con los ojos muy abiertos y con cara de lelo.*

NARRADOR: “Tonto no soy –pensó el buen hombre-. Debe de ser entonces que no estoy a la altura de mi cargo. ¡Que raro! Pero no puedo dejar que nadie se de cuenta”. Así que eligió la tela que no veía y les expresó su alegría por los magníficos colores y el precioso dibujo.

FUNCIONARIO: ¡OOOOhhhh!, ¡Sííííí!, ¡Es preciosa!, ¡Magníficos los colores!, ¿Y los dibujos?, ¡Los dibujos, magníficos!

Volviendo a la estancia del emperador.

FUNCIONARIO: ¡Es maravillosa! ¡Es magnífica! ¡Nunca he visto algo igual!

EMPERADOR: ¡Bien!, ¡Bien!, Podéis marcharos.

NARRADOR: Toda la gente de la ciudad hablaba de aquella preciosa tela. Entonces el emperador quiso ver por si mismo la tela mientras aún estaba en el telar. Con un gran cortejo de hombres elegidos, entre ellos los dos buenos funcionarios que ya habían estado allí, fue a ver a los dos astutos embaucadores, que estaban tejiendo a más no poder, aunque sin hebra ni hilo.

MINISTRO Y FUNCIONARIO: -¿Verdad que es *magnifique*? Vea Vuestra Majestad que dibujo, que colores.

NARRADOR: Y señalaron el telar vacío, porque creían que los demás si podían ver la tela.

“¡Anda!-pensó el emperador-. ¡No veo nada! ¡Pero que extraño! ¿Seré tonto? ¿No estaré a la altura de un emperador? ¡Es lo más terrible que podía pasarme!”

EMPERADOR: ¡Oh, qué bonito! ¡Tenéis mi más sincero aplauso!

NARRADOR: Y se inclinó satisfecho para observar el telar vacío; no quería reconocer que no veía nada. Todo el séquito que lo acompañaba miró y remiró y, aunque no pudieron ver más que los otros, le dijeron al emperador: -Es muy bonita- y le aconsejaron que estrenara un traje ancho con aquella tela nueva y maravillosa en el gran desfile que iba a celebrarse pronto -¡Es *magnifique*, estupenda, excelente!-se decían unos a otros, y todos estaban de lo más contentos.

El emperador regaló a cada uno de los embaucadores una cruz de caballero para que se la colgaran del ojal, y el título de barón Tejedor.

La noche de la víspera del desfile, los dos tejedores se la pasaron levantados y con dieciséis luces encendidas.

La gente estaba convencida de que estaban de lo más alterados terminando el traje nuevo del emperador.

Ellos fingían coger la tela del telar, la cortaban en el aire con grandes cuchillas, la cosían con aguja sin hilo y al terminar dijeron:

EMBAUCADORES 1 Y 2: ¡El traje está listo!

NARRADOR: El emperador fue allá en persona acompañado de sus principales caballeros; los embaucadores levantaron los brazos como si estuvieran sosteniendo algo, y dijeron:

EMBAUCADOR 1: Aquí están las calzas, aquí está la casaca, aquí está el manto.

EMBAUCADOR 2: Es tan sutil como una telaraña.

EMBAUCADOR 1: Parece que no se lleva nada en el cuerpo, pero esa es precisamente su virtud.

NARRADOR: ¡Sí! -dijeron todos los caballeros, aunque no veían nada, pues nada había.

EMBAUCADOR 2: Tenga Vuestra Majestad Imperial la amabilidad de quitarse la ropa, y le pondremos el traje nuevo delante del espejo grande.

NARRADOR: El emperador se quitó toda la ropa, y los embaucadores hicieron como si fueran poniendo las prendas nuevas que habían cosido; lo cogían por la cintura y hacían como si ataran algo, que eran los faldones, y el emperador daba vueltas y vueltas delante del espejo.

-¡Dios mío, qué bien le sienta! ¡Qué espléndida caída! -decían todos-. ¡Qué dibujo! ¡Que colores! ¡Es un traje magnífico!

MAESTRO DE CEREMONIAS: -Ahí fuera está dispuesto ya el palio con el que acompañarán a Vuestra Majestad en el desfile.

EMPERADOR: Ya estoy listo. ¿Verdad que me sienta estupendamente?

Y volvió a darse la vuelta delante del espejo, porque tenía que fingir que contemplaba su elegancia.

NARRADOR: Los chambelanes que llevaban los dos faldones tantearon con las manos en el suelo para coger la cola. La sostuvieron en el aire sin atreverse a reconocer que no veían nada.

Y así marchó el emperador en el desfile bajo el sagrado palio, y la gente que llenaba las calles y las ventanas decía:

-¡Dios mío, que magnífico es el traje del emperador! ¡Qué preciosos faldones tiene la levita! ¡Qué bien le sienta!

Nadie quería reconocer que no veía nada, porque al hacerlo mostrarían que no estaban a la altura de sus cargos o que eran muy tontos. Ninguno de los trajes del emperador había tenido tanto éxito.

NIÑO: ¡Pero si no lleva nada encima!

NARRADOR: ¡Dios mío, escuchad a este inocente! –dijo el padre, y unos le susurraron a otros lo que había dicho el niño.

-¡No lleva nada encima, es un niño el que ha dicho que no lleva nada encima!

-¡No lleva nada encima! –gritó por fin la gente.

Y el emperador se dio un buen susto, pues estaba convencido de que tenían razón, pero pensó: “Tengo que terminar el desfile”.

Y continuó más orgulloso, con los chambelanes llevando unos faldones inexistentes.

FIN